
Pacto de sangre

Julio Aramberri
22 febrero, 2016

La encrucijada económica (1979-1989)

A comienzos de los años ochenta, el triunfo de los *veteranos* era total y los maoístas centristas, con Hua Guofeng a la cabeza, habían perdido definitivamente la partida. Aunque Deng Xiaoping mostraba escaso interés por la acumulación de títulos grandilocuentes, todo el poder era suyo con la ayuda de dos firmes seguidores: Hu Yaobang y Zhao Ziyang. En alguna ocasión Deng se refirió a ellos como «mis dos manos».

Tanto Hu (nacido en 1915) como Zhao (en 1919) pertenecían a la generación siguiente a la de los *veteranos*. Hu, algo mayor, se convirtió en miembro del Partido Comunista en 1933, a los catorce años, y fue uno de los protagonistas más jóvenes de la Larga Marcha. Tras la formación de la República Popular en 1949 ocupó la Secretaría General de la Liga de la Juventud Comunista entre 1952 y 1966. Durante la Revolución Cultural, como Deng, cayó en desgracia dos veces y, como él, fue rehabilitado otras tantas. El ascenso final del Segundo Compañero de Viaje de los Capitalistas, como llamaban sus enemigos a Deng durante la Revolución Cultural, lo catapultó a la Secretaría General del Partido Comunista entre 1981 y 1987. Hu carecía de educación formal, pero con los años se había

acercado a las discusiones y a los intereses de los círculos intelectuales y participaba de muchas de sus críticas al maoísmo. Cuentan que una vez, preguntado por cuál de las contribuciones de Mao le parecía más decisiva para China, contestó sencillamente: «Para mí, ninguna».

Zhao llegó a primer ministro de la República Popular un año antes, en 1980. Zhao se había enrolado en la Liga de la Juventud Comunista en 1932 y en 1938 fue cooptado al Partido Comunista. Era demasiado joven para haber participado en la Larga Marcha. Sus primeros años en política estuvieron marcados por una total devoción a las quimeras izquierdistas del Gran Timonel y fue un firme partidario del Gran Salto Adelante (1958-1961) y de la colectivización agraria en la provincia de Guangdong. Parece que su experiencia de ambos desastres lo llevó a distanciarse de los ardores utópicos de los izquierdistas. En 1965 ocupó la Secretaría Provincial del Partido en Guangdong y en 1967 la Revolución Cultural se lo llevó por delante, acusándolo de «pecio mefítico de la clase terrateniente». En justo castigo, lo sambenitaron con un capirote y lo pasearon por las calles de Cantón entre las injurias de la multitud. Los cuatro años siguientes los pasó como ajustador en una fábrica de la provincia de Hunan, dentro del «programa» de reeducación por el trabajo para cuadros desviacionistas. Fue rehabilitado en 1972 y en 1975, luego de algún que otro fervorín maoísta, se convertiría en secretario general del Partido de la provincia de Sichuán. En 1980 llegó a primer ministro de la República Popular y permaneció en el cargo hasta noviembre de 1987.

Entre 1977 y 1987 se produjeron grandes cambios en el seno de la economía china¹. Si la colectivización agraria había supuesto una nueva servidumbre de la gleba, su rápida abolición favoreció especialmente a los campesinos con una creciente liberalización del sistema productivo y el consiguiente cambio en la fijación de los precios agrarios. Aunque la propiedad de la tierra quedaba en manos del Estado, las comunas dejaron paso a un régimen de arrendamientos de fincas a las familias. Si antes las comunas tenían la obligación de vender la práctica totalidad de las cosechas a los organismos gubernamentales, ahora esa cuota se redujo considerablemente, mientras que los precios pagados por el Estado a los agricultores aumentaron. Al tiempo, los excedentes de producción quedaban en manos de las familias campesinas que podían venderlos a lo precios que el mercado estuviese dispuesto a pagar². La liberalización de la producción agraria, como se ha dicho en anteriores entregas, acarrió un notable crecimiento de la productividad agrícola y de las rentas derivadas de la agricultura, así como un rápido desarrollo de las pymes rurales y del comercio en las ciudades.

Más complicada era la reestructuración del sector industrial. Según el modelo soviético, el plan central asignaba metas de producción y suministros a todas las empresas y fijaba los precios de venta de sus productos. El excedente entre costes de producción y ventas (beneficio), también fijado por el plan, pasaba directamente a las arcas del Estado y constituía una de las fuentes básicas de su financiación. Si se superaban los objetivos del plan, el correspondiente aumento del excedente quedaba a disposición de las empresas para pagar eventuales bonos y mejorar los servicios sociales ofrecidos a las unidades productivas. En 1983 se introdujo un nuevo sistema que sustituía el beneficio fijo por un impuesto sobre la renta de las empresas (en torno al 55% del beneficio).

En 1985, el nuevo sistema cubría ya el 80% de las empresas del sector público³. A este nuevo régimen lo sustituyó más tarde una reforma de precios que, como se ha apuntado, cambió los términos de

intercambio a favor de la agricultura. El sector más cauto del nuevo grupo dirigente favorecía un ritmo de cambio impuesto paso a paso, mientras que los innovadores, más resueltos, preferían dejar que los cambios incluyesen la rápida y libre fijación de precios por las empresas. Sin embargo, dadas las distorsiones existentes, ambos sectores se decantaron por la introducción paulatina de precios duales. Una parte de la producción del sector público quedaría así progresivamente libre del corsé del plan y podría ser vendida a precios libres. El resto quedaba sujeto al plan. A medida que la producción quedase progresivamente fuera de él, las fuerzas del mercado tendrían un papel creciente en la determinación de los precios, estimulando la competencia mutua y la productividad de las empresas: «El número de tipos de bienes industriales sometido a regulación obligatoria se redujo de 256 a 23 en 1986 [...]. La proporción de ventas al por menor sujetas a precios obligatorios cayó de un 97% en 1979 al 47% en 1986; la proporción con precios indicativos subió de 0,5% a 19% y la proporción de ventas minoristas de precio libre pasó del 2,5 % al 34%»⁴.

La transición china a una economía con preponderancia de los mercados se hizo de forma cauta y pragmática

La literatura especializada insiste en las ventajas de este sistema, que permitió a China librarse de los sobresaltos conocidos por las economías de la órbita soviética tras la desaparición de la Unión Soviética en 1989⁵. Bajo la etiqueta de *big bang*, el proceso económico de las antiguas economías socialistas se caracterizó por una transición brusca de sus economías planificadas a otras abiertas, privatizaciones generalizadas de empresas públicas y un régimen de precios libres. Por el contrario, se arguye, la transición china a una economía con preponderancia de los mercados se hizo de forma más cauta y pragmática («cruzar el río apoyándose en las piedras», como gustaba de decir Deng Xiaoping). A menudo, también, la ductilidad del modelo chino suele atribuirse a una especial astucia o inteligencia de sus dirigentes.

Esa conclusión optimista dista mucho de lo sucedido en la realidad. Ante todo, el *big bang* se llevó a cabo sin excesivas dificultades en las repúblicas bálticas, Polonia o la antigua Checoslovaquia, y el juicio negativo hacia esa estrategia se apoya, sobre todo, en el caos ruso, cuyas causas y efectos tienen que ver con factores adicionales, políticos y culturales. En segundo lugar, la eventual opción entre desarrollo gradual y *big bang* no existía en la China de los años ochenta. La caída de Hua Guofeng y de los ya para entonces escasos maoístas centristas obedeció precisamente a la convicción, ampliamente compartida por todos los sectores de la mayoría del Partido, de que lo único descartable era el voluntarismo y la quema de etapas que alentaba Hua con sus repetidas alusiones a nuevas ediciones del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural. La opción unánime se decantaba a favor de un proceso económico gradual. Como suele decirse, la elección entre el voluntarismo utópico y el *big bang* no existía y, además, era imposible. La única posibilidad real era una transición más o menos lenta, aunque entre sus defensores existiese una notable contradicción en cuanto a su ritmo y a su alcance. De la solución final de esa contradicción iba a depender el curso que finalmente tomaría China hasta nuestros días. Pero eso que hoy resulta meridianamente claro no lo estaba tanto para los dirigentes del Partido ni para casi nadie relevante en aquellos tiempos.

La política económica: titubeos y reformas extemporáneas

En 1984, la producción de cereales había pasado de los trescientos millones de toneladas de 1977 a más de cuatrocientos. El consumo de grano per cápita estimado por el Gobierno pasó de 195 kilogramos anuales a 250 en 1984, y el de carne y huevos se incrementó aún más rápidamente. A partir de 1981 el Gobierno impulsó a los agricultores a diversificar sus esfuerzos hacia vegetales, frutas y cosechas industriales⁶.

El éxito de la política agraria creó, a la vez, grandes expectativas y no menos frecuentes cuellos de botella. Comencemos por estos últimos. En 1984 no había suficientes silos para almacenar la cosecha y los gobiernos locales tampoco tenían fondos para pagar al contado a los agricultores, con lo que recurrieron a entregarles pagarés a cuenta y, en definitiva, a alentar la inflación. Por su parte, el Gobierno central, temeroso de que un rápido aumento de los precios del arroz pudiera crear disturbios en las ciudades, retrasó su traspaso a los consumidores, creando así una subvención encubierta a las ciudades que dificultaba el cumplimiento de sus objetivos fiscales. Hasta 1984 no se dio ese paso, complementado en 1985 con la decisión de desligar en adelante al Gobierno de su compromiso de comprar parte de las cosechas. Desde ese momento, los agricultores estaban solos ante el mercado, lo que creó una reticencia por su parte a aumentar su rendimiento. Hubo que esperar hasta 1989 para que la producción agraria recuperase los valores de 1984.

El relativo éxito de las reformas agrarias dio también alas a quienes, aun sin las ilusiones de Hua Guofeng⁷, pensaban en la necesidad de acelerar y ampliar la economía industrial. Durante los años de planificación central, los organismos planificadores y los directores de empresas habían tenido que lidiar con una fuerza de trabajo mal adiestrada, equipamientos limitados, falta de repuestos, cortes de luz y retrasos en el suministro de materias primas y componentes. El remedio para esos males –suponía buena parte de la facción mayoritaria– no podía ser otro que la aceleración del desarrollo industrial con importación de tecnología y de capital, aunque fuera extranjero.

Ahí comenzaban las divergencias económicas con un grupo importante de los *vencedores*, agrupado en torno a Chen Yun y al que suele denominarse como de «reformistas moderados». Chen nació en 1905 y, a diferencia de otros revolucionarios chinos, provenía de un medio proletario y había sido un organizador sindical clandestino durante los años veinte. Veterano de la Larga Marcha, fue miembro del Comité Central entre 1931 y 1987 prácticamente sin interrupciones. Su interés personal lo empujaba hacia los asuntos económicos. Presidió la Comisión Central de Finanzas y Economía en 1952 y fue uno de los creadores del primer plan quinquenal. Posteriormente se distanció de los excesos de Mao en el Gran Salto Adelante. Para él, la economía no era cuestión de voluntad, sino de capacidad técnica y de realismo financiero. En cualquier caso, su falta de ambición política le libró de los mayores excesos de los guardias rojos durante la Revolución Cultural, si por eso se entiende que tan solo tuvo que pasar tres años de trabajo reeducativo en una fábrica de la provincia de Jiangxi. Tras la rehabilitación de Deng, Chen volvió a sus tareas económicas y fue uno de los primeros en denunciar la inanidad de los planes de Hua Guofeng y, de paso, la de los partidarios de forzar el paso de la industrialización.

La actitud de Deng sobre esta última cuestión fluctuó en el curso de los años. Tras el famoso Tercer Pleno de 1978, Deng, que había coqueteado anteriormente con las políticas expansivas, se sumó al escepticismo de Chen y a sus ideas de equilibrar el funcionamiento de la economía rebajando las expectativas creadas para los próximos diez años. Los planificadores -pensaban ambos- deberían tener en cuenta la disponibilidad de materias primas y componentes; evitar el endeudamiento externo; dar prioridad a proyectos de rápida rentabilidad que creasen empleo; en fin, acumular capital antes de lanzarse a nuevos proyectos.



En 1979, Chen impuso una política de reajustes: «Somos novecientos millones de chinos, de los cuales más del 80% son granjeros. Somos muy pobres [...]. Queremos producir más acero, pero no vamos a ser capaces de alcanzar los sesenta millones de toneladas en 1985 [...]. Sí, tenemos que pedir créditos e importar tecnología del exterior, [pero] también tenemos que asegurarnos de poder pagar»⁸. Chen, además, insistía en equilibrar el peso relativo de la industria pesada y la ligera. En 1981, la primera disminuyó en un 4,7%, mientras que la segunda creció un 14,1%.

En 1982, el éxito de la política de ajustes resultaba palmario. El déficit presupuestario había bajado al 2,6% desde el 11,7% de dos años atrás; las reservas de divisas habían ascendido a catorce millardos de dólares frente a los cuatro millardos de 1980. Fue precisamente entonces cuando Deng empezó a desmarcarse de Chen. Quería mayor rapidez en el desarrollo económico, lo que, en definitiva, requería una aceleración del fin de la economía dual, es decir, situar a los sectores de mercado por encima de los partidarios del plan. El control de la política económica pasó entonces de las manos de Chen a las de Zhao Ziyang, quien, a su vez, seguía con fidelidad los consejos de sus asesores japoneses y de los expertos del Banco Mundial, en su mayoría favorables a un crecimiento más dinámico.

La introducción inicial de la economía dual en 1978 había tenido notables repercusiones sobre el empleo industrial, es decir, sobre la población urbana, pues la gran industria pública estaba radicada en las ciudades. Las reformas introducidas en los años ochenta influyeron, sobre todo, en los salarios

nominales, que pasaron de una media de 632 yuanes en 1977 a 1.071 en 1984, es decir, crecieron a pesar de una tasa oficial de inflación del 40% en ese período. En segundo lugar, la ligazón entre salarios y productividad creó incentivos para defender el aumento de los beneficios que, quedando en buena medida a disposición de la dirección de las empresas, hacían posible premiar con bonos a los mejores trabajadores. Finalmente, se instauraron lentamente algunas diferencias salariales⁹, algo que durante la era Mao había constituido un anatema. En esta primera fase de reformas, pues, no se ampliaron demasiado las diferencias entre grupos profesionales en el interior de las empresas. En 1980, un trabajador medio ganaba 830 yuanes anuales; los técnicos, 980; un administrador superior, 1.300; y el director general, 1.250 [sic]. En 1987, los primeros ganaban 1.610; los segundos, 1.770; los altos administradores, 1.890; y el director general, 2.190. La subida había estado en torno al 17% para cada uno de los grupos. La tradicional resistencia del sector público a las diferencias salariales¹⁰ seguía sin erradicarse, limitando el avance de la productividad.

Entre 1987 y 1988, Deng decidió impulsar el avance de la economía de mercado y finalmente impuso la desaparición de la mayoría de los precios controlados. Si había que dejar crecer a los mercados –pensaban ahora él y sus seguidores–, más valía hacerlo con un golpe decisivo del timón. Así se acabaría la economía dual y la inflación creciente de los dos últimos años, que había aumentado con mayor rapidez que nunca desde 1949, quedaría bajo control en poco tiempo. No fue así. El índice oficial de precios al consumo en 1988 subió un 18,8%. La inflación castigaba especialmente a los perceptores de rentas fijas y a residentes urbanos (retirados, asalariados del sector público, funcionarios, rentistas, estudiantes). Cuando se anunció la liberación de todos los precios (19 de agosto de 1988), las reacciones negativas resultaron fulminantes. Los habitantes de las ciudades se dejaron llevar por el pánico, retiraron sus ahorros de los bancos y se dedicaron a comprar todos los suministros de los que podían echar mano para resguardarse de futuras subidas de precios. Grandes almacenes y tiendas se quedaron sin mercancías y se produjeron disturbios en algunas ciudades. Once días más tarde, Deng tuvo que aceptar una inmediata retirada del decreto, lo que no le sumó adhesiones entre el público ni entre sus propios seguidores.

Hubo, pues, que volver a echar mano de Chen y sus reformistas prudentes, que en poco tiempo generaron una fuerte contracción de la economía a través de una amplia panoplia de medidas: control de precios; reducción del crédito bancario; recorte de inversiones públicas. En 1989, el crecimiento del PIB cayó al 4,1% desde el 11,3% del año anterior, y en 1990 no superó el 3,8%. La inflación, que continuó su impulso ascendente en 1989, (+18%) cayó finalmente al 3,1% en 1990. Pero, hasta ese momento, la situación de una mayoría de los residentes urbanos no había hecho sino empeorar.

Por otro lado, los ajustes no podían terminar con el otro mal endémico de la economía dual. La diferencia entre precios libres y precios controlados se había convertido en un aliciente para la corrupción. Si algunas empresas podían obtener componentes, repuestos y demás a los precios bajos que subsidiaba el plan, nada mejor que vendérselos a otras a los precios de mercado, quedándose con la ganancia. Si otras compañías tenían acceso a dólares a los precios autorizados, desviarlos al mercado negro parecía la opción más sensata. Ocupar un cargo burocrático especializado en decidir quién y cómo iba a beneficiarse de esas ventajas abría un inesperado pero rápido camino a la riqueza para la burocracia del Partido. Por lo demás, las consecuencias de cometer esos delitos eran mínimas.

¿Acaso fomentar la producción iba en contra de las decisiones gubernamentales? ¿No había dicho Deng que en esta fase de la economía unos iban a hacerse ricos antes que otros?

No es sólo la economía, estúpido

Numerosos analistas han destacado el papel del súbito repunte inflacionario y la protesta contra la corrupción en los sucesos de Tiananmén en 1989¹¹. Sería ciertamente imprudente desecharlos a la hora de explicar la revuelta, pero no fueron otra cosa que un telón de fondo sobre el que actuaron otras causas y nuevos agentes. Los defensores de la inigualable inteligencia de Deng y sus seguidores, entre otras cuestiones, se olvidan de preguntarse por qué la liberación de precios creó el pánico. Si el descontento popular se hubiera limitado a su gestión de la economía, un nuevo golpe de timón de Chen debería haber bastado para apaciguarlo. ¿Por qué Tiananmén, y precisamente en esta coyuntura? ¿De dónde surgió la falta de confianza en las decisiones de los dirigentes?

El final del maoísmo se produjo mediante un golpe militar seguido de la restauración de una mayoría de las elites dirigentes que habían encumbrado a Mao y que resultaron temporalmente apartadas del poder por la Revolución Cultural. Sus miembros eran casi todos los mismos perros que habían creado el régimen totalitario chino y que volvían luciendo los mismos collares de antes. Sin embargo, algo se había roto entre medias. Con la jerga del gremio de los sociólogos al que pertenece, Zhao Dinxin, autor del más ambicioso análisis¹² realizado hasta la fecha del levantamiento de Tiananmén, recuerda que el desmantelamiento incruento del maoísmo colocó al régimen de Deng ante una crisis de legitimidad.

Zhao habla de tres modelos básicos de legitimidad. El democrático es el primero. La persecución de fines comunes y el acomodo de los inevitables conflictos de intereses entre sus miembros se obtiene mediante el respeto a los deseos de la mayoría (libertades públicas, elecciones libres) y estrictas normas procedimentales (imperio de la ley). Al segundo modelo lo llama legitimación ideológica. En estos regímenes, los fines sociales y los procedimientos para alcanzarlos quedan reservados a la decisión de un grupo que impone sus exigencias ideológicas al conjunto sin atender a procedimientos tasados. La represión de los críticos de Mao Zedong durante la Revolución Cultural se hizo siempre sin el menor respeto por las escasas limitaciones legales existentes. Pero, asimismo, sólo una vez consumado el golpe contra la Banda de los Cuatro fue informado el Politburó. Todo aquello que se disfrazaba como una exigencia de la ideología dominante quedaba, pues, sancionado, al menos coyunturalmente. En este modelo se inspiran, por regla general, los regímenes totalitarios. Finalmente, aparece un tipo intermedio en el cual, aun sin aceptar las exigencias procedimentales de los regímenes democráticos, los dirigentes tratan de obtener el apoyo activo de sus fieles y la anuencia pasiva del resto mediante límites imprecisos y autoimpuestos; ante todo, mediante la eficacia en el manejo de recursos, lo que les dota de una relativa superioridad moral. El final del maoísmo supuso para China, según Zhao, una transición del segundo al tercer modelo de legitimación por los resultados. En mi opinión, Zhao apunta en la dirección correcta, pero anticipa anacrónicamente su influencia.

En cualquier caso, la transición del segundo al tercer modelo no es un proceso sencillo. En el caso de China, pese a sus diferencias internas, una mayoría de los dirigentes estaba de acuerdo en sostener

su derecho a gobernar exclusivamente sobre los éxitos del modelo económico. Por más titubeante y quebradiza que fuera, la política económica dual abría un espacio creciente a las decisiones de empresas y consumidores. Y ahí afloraba una importante contradicción: ¿por qué, si las decisiones individuales contribuían al éxito económico, no podría suceder lo mismo en el ámbito cultural y político? Esa era, en resumidas cuentas, la pregunta que se hacían los autores de los *dazibaos* del muro de Xidan y sus miles de lectores. Pero su conveniencia pasó a ser cuestionable una vez que empezó a ponerse en solfa la equiparación entre eficacia económica y legitimidad moral del Partido Comunista¹³. Inflación y corrupción creaban dudas sobre la primera y hacían más difícil creer en la segunda¹⁴.

En los comienzos de su etapa de dictador supremo, Deng miraba con el ojo izquierdo a su legitimidad. En un discurso de agosto de 1980, criticó acerbamente el desempeño de la burocracia comunista china: abusaba de su poder, se había divorciado de las masas; no cumplía su palabra; era ineficiente; se daba aires mandarinescos; mentía a superiores y subordinados; estaba corrompida. Las palabras de Deng recordaban las críticas de Mao Zedong en 1956, al principio del movimiento de las Cien Flores. Al poco, con la misma presteza que desplegara Mao en 1956, Deng cambió de rumbo¹⁵. Con el ojo derecho veía lo que estaba sucediendo en Polonia con Solidaridad. Cada vez más, los camaradas polacos parecían incapaces de mantener la legitimidad moral del régimen comunista de la que se habían ufano durante años. ¿No podría suceder lo mismo en China? La reforma política de su país -decidió Deng- tendría que esperar la llegada de tiempos menos revueltos¹⁶.

¿Por qué, si las decisiones individuales contribuían al éxito económico, no podría suceder lo mismo en el ámbito cultural y político?

El giro estratégico no afloró de un jalón, pues las dudas sobre su necesidad crecían en el seno del Partido. La frenada se limitó inicialmente a movimientos sólo perceptibles en el estrecho mundo de los intelectuales y artistas. En 1981 se prohibió la película *Amores no correspondidos*, que ponía en cuestión la actividad del Partido durante la Revolución Cultural. Había que marcar límites a la discusión histórica -mantenía una parte importante de los reformistas, entre los que se contaba Deng-, y así se intentó. Cabía aceptar creaciones culturales que criticasen las acciones individuales de miembros del Partido durante la era Mao; cosa distinta sería extender la culpabilidad a todo el colectivo. Como tantos tanteos de las fronteras de lo políticamente permisible, la diferencia resultaba de lo más escurridiza y, llevada a su conclusión lógica, podía abrir la veda de la propia figura de Mao. Sea como fuere, resultaba difícil ocultar la voluntad de censurar la discusión que animaba a esa y a otras decisiones. Por ejemplo, entre 1982 y 1983 se encargó a un oscuro funcionario la dirección de la Escuela Superior de Cuadros del Partido Comunista, donde su anterior director, Hu Yaobang, ahora secretario general del Partido, había establecido una atmósfera excesivamente permisiva. Por ejemplo, en 1983, Chen Yun amplió la crítica a Hu por su laxitud disciplinaria hacia quienes hacían caso omiso de las decisiones económicas y minaban así la eficacia del plan. Tras la tarascada de Chen, la ejecución de los ajustes pasó a depender de Zhao Ziyang, con la consiguiente reducción del papel de de Hu Yaobang, cada vez más criticado por su independencia y su querencia liberalizadora.

Al tiempo que la tierra comenzaba a temblar bajo sus pies, en los círculos intelectuales había

comenzado una densa y oscura discusión teórica sobre el humanismo socialista y la aplicación de la categoría de *alienación* a las sociedades revolucionarias. *Alienación* era en Marx un concepto genérico en el que se incluían todas las relaciones sociales ajenas a la categoría normativa de *humanidad*. En ese sentido, la noción de *alienación* resultaba mucho más amplia que la de *explotación*, sólo aplicable a las relaciones alienadas y deshumanizadas específicas de la sociedad capitalista¹⁷. Hablar de alienación bajo un régimen comunista era, pues, para esos círculos de intelectuales algo perfectamente legítimo para criticar las eventuales exacciones de los dirigentes: un ataque en toda regla a la autoridad del Partido, concluyó Deng.

De ahí salió la llamada «Campaña contra la Polución Espiritual» a finales de 1983. Tampoco era una innovación. A las Cien Flores les había seguido la llamada Campaña Antiderechista en 1957. Había, sí, una diferencia y no era baladí: «Los métodos brutales del pasado –simplistas, leoninos, primitivos, excesivos y crueles– no deben repetirse nunca», advertía dignamente el dictador. El puño de hierro seguía, sólo que ahora envuelto en un guante de esparto, no de hierro, como anteriormente.

A principios de 1985, el Cuarto Congreso de Escritores Chinos hizo rebosar el vaso. Hu Yaobang, cuya presencia en el acto inaugural fue fieramente criticada, había permitido que el evento se le fuera de las manos. Desde las ponencias hasta los nombramientos, los escritores no habían hecho sino desafiar al Partido. La permisividad de Hu le había granjeado simpatías entre ellos, sí, pero al coste de malbaratar la disciplina y de hacer aparecer a Deng como un autócrata. Poco después, Liu Binyan publicaba *Una segunda clase de lealtad*, un ensayo en el que establecía diferencias entre los comunistas que obedecían ciegamente cualquier orden del mando y los que sabían respetar su propia conciencia. Liu fue expulsado del Partido Comunista en 1987¹⁸. Por más que Deng tratase de evitarlo, el ejercicio de la crítica arreciaba, al tiempo que se agravaban sus consecuencias. Otro golpe para Hu Yaobang y su cohorte, más bien reducida, de reformadores políticos.

A mediados de 1986 comenzaron los preparativos para llevar a cabo una reforma política. Pese al rótulo prometedor de la iniciativa, lo que se cernía era otro intento de reafirmar y dejar fuera de toda discusión la exclusividad del papel dirigente del Partido en la política china. La presidencia de la comisión preparatoria se encomendó a Zhao Ziyang, desplazando a Hu Yaobang, todavía secretario general del Partido Comunista. Sin embargo, la resistencia a la hegemonía del Partido no dejaba de crecer. En 1986, los telespectadores (para entonces, el número de televisores en China estaba por encima de cuarenta millones) habían podido seguir desde sus casas el final de la dictadura de Marcos en Filipinas y la legalización de un partido de oposición en Taiwán. Dentro del país, el nombre de Fang Lizhi se hizo relativamente popular. Fang, un profesor de Astrofísica que había trabajado en Estados Unidos, dictó una serie de conferencias en diversas universidades en las que no se recataba de responsabilizar al autoritarismo del Partido del atraso y la pobreza tan extendida en China, y la contrastaba con los avances de los llamados «tigres asiáticos» (Corea del Sur, Taiwán, Singapur y Hong Kong). Concluía Fang: «Ningún país socialista ha tenido éxito desde el final de la Segunda Guerra Mundial»¹⁹. Al poco, en diciembre de 1986, se produjeron manifestaciones de estudiantes que se extendieron por varias ciudades²⁰.

Pronto iba a rodar la cabeza de Hu Yaobang. Sin esperar la sanción del futuro Decimotercer Congreso del Partido Comunista Chino, el 30 de diciembre de 1986 Deng reunió en su casa a un grupo de

notables que incluía a Hu y les recordó la importancia de defender los Cuatro Principios Cardinales²¹ sin los cuales el país sería irremediabilmente víctima de en una «liberalización burguesa». El 1 de enero de 1987, *Renmin Ribao* (*Diario del Pueblo*, órgano oficial del Partido) publicaba un editorial muy crítico con Hu, que presentó su dimisión como secretario general al día siguiente. Su puesto pasó a Zhao Ziyang, quien, al poco, cedió su papel de primer ministro a Li Peng²². Era la crisis más grave habida en el seno del Partido Comunista durante la era Deng y no se había producido, como otras anteriores, por desacuerdos internos en asuntos económicos. Ahora se trataba de una crisis política abierta creada por la creciente demanda de libertades públicas y la necesidad de responder a la insatisfacción popular con la inflación y la corrupción. Que hubiese llegado a los escalones máximos del poder mostraba a las claras su peligro.

La crisis simplificó las opciones de Deng, quien, a partir de ese momento, decidió volver a aliarse con los reformistas cautos de Chen Yun, a los que se había enfrentado con anterioridad, y a segar la hierba bajo los pies del aún incipiente y confuso movimiento democrático. Había que acabar con sus exigencias, aunque eso significase levantar el pie del acelerador de la economía para centrarse en el control político. Un envite, según Deng, transitorio pero indispensable si el Partido Comunista Chino quería seguir manteniendo sus constantes vitales. Esta vez, sin embargo, no iba a bastar para restaurar el orden con un par de resoluciones de los órganos de dirección.

Vientos del pueblo me arrastran

A los estudiantes universitarios, uno de los sectores más afectados por el descontento popular, les movían poderosas razones. Como resume Zhao Dinxin, a finales de los años ochenta «obtener una educación superior había dejado de ser una buena inversión»²³.

Cuando se reabrieron las universidades en 1977, en China sólo había 404. Sin embargo, hasta 1988 se produjo una verdadera explosión que llevó su número a 1.075. Los estudiantes matriculados se triplicaron, pasando de 625.000 a 2.065.000, con una mayor incidencia en las facultades de ciencias sociales y humanidades, precisamente las que iban a contribuir con mayor pujanza al número de manifestantes en Tiananmén. Estas universidades «de letras» adolecían aún más que el resto de una escasa calidad, pues muchas de ellas se habían constituido de prisa y sin un profesorado cualificado.

Más serias aún eran las dificultades financieras que afectaban a los estudiantes. Hasta 1985, todos ellos recibían un estipendio variable (entre cero y veintisiete yuanes mensuales), graduado según los ingresos familiares; en ese año se pasó a un sistema de becas que premiaba sólo a los más estudiosos. De esta forma, el Gobierno se descargaba de una práctica que se había tornado cada vez más onerosa con el aumento del número de estudiantes. Para éstos, por su parte, las becas tenían escasos alicientes, pues su importe no crecía al compás de la inflación²⁴.

Otro factor de insatisfacción venía representado por la escasez de salidas profesionales. Dado su limitado número, las primeras hornadas de graduados tras la Revolución Cultural tuvieron muy fácil el acceso a un puesto de trabajo. Sin embargo, la demanda se saturó pronto, porque entre 1980 y 1985 se licenciaron tres millones y medio de estudiantes. Como no existía mercado de trabajo, la asignación de empleos corría a cargo de las autoridades, lo que agravaba la insatisfacción con ellas

de quienes se quedaban en el paro. La crítica ponía en el punto de mira a la burocracia, a la que se acusaba no sólo de no proveer salidas profesionales para todos, sino también de reservar las mejores puestos para los hijos de las familias poderosas. En 1987, por ejemplo, sucedió algo nunca visto: más de tres mil graduados fueron rechazados por su baja calidad por las empresas a las que habían sido asignados, lo que provocó el pánico entre los estudiantes, especialmente los de «letras».

Más ominoso aún para las autoridades fue el rechazo creciente a los métodos de control político e ideológico. Todos los estudiantes tenían que enrolarse en un Comité de Asuntos Docentes controlado por la estructura del Partido Comunista. A cada uno se le asignaba un instructor, cuya misión aunaba la ayuda en los estudios y asuntos personales y burocráticos con la instrucción y el control político. Sin embargo, esta última función se tornó progresivamente más difícil a medida que se limitaba la economía dual y se potenciaba el sector privado. El sistema de asignación forzosa de trabajos se debilitó y resultaba más sencillo colocarse sin tener una buena ejecutoria política, con la consiguiente disminución del poder de los controladores políticos. La moral del personal de control también se resintió, pues sus destinatarios les concedían cada vez menos importancia, identificándolos con el pasado maoísta. Los profesores jóvenes entre quienes se reclutaban los controladores pasaron a no mostrar interés por ocupar esos puestos.

Finalmente, la ecología del sistema universitario en Pekín también contribuyó a la rapidez con que se extendió y retroalimentó el movimiento de protesta en 1989. Aún hoy, una mayoría de las universidades de la ciudad se agolpan en el distrito de Haidian, una barriada en el noroeste de la capital. Esa concentración fue fruto de una decisión política tomada en los años cincuenta para crear una gran ciudad universitaria al estilo soviético. En 1989 se apiñaban allí sesenta y siete universidades, con una población de 162.576 estudiantes de licenciatura y graduados. La mayoría de ellos vivía, separados por sexos, en grandes edificios cuyas habitaciones albergaban entre seis y ocho personas. Cuando el sistema de control político se debilitó en los años ochenta, los dormitorios pasaron a ser lugares privilegiados de debate cultural y político. La comunicación entre estudiantes de distintas facultades venía, además, facilitada por la corta distancia que las separaba. El incesante tráfico recíproco aumentaba cuando se celebraban actividades de interés en alguna facultad cercana. Dentro de cada campus había, además, encrucijadas (cerca de comedores, dormitorios y bibliotecas) donde había siempre un gran número de personas. Allí precisamente se colocaban *dazibaos*, se reunían grupos de discusión o se celebraban asambleas.

Los grandes hitos del movimiento de protesta de 1989 son bien conocidos. La chispa que encendió la hoguera fue la súbita muerte de Hu Yaobang tras un infarto el 15 de abril de 1989. A Hu se le tenía por acérrimo partidario de la liberalización y, al día siguiente, Tiananmén se llenó de coronas fúnebres en su honor y de peticiones de rehabilitación póstuma. El 17 de abril se celebró la primera manifestación organizada, a la que siguió, con altibajos, la ocupación de la plaza hasta la represión de los días 3 y 4 de junio. Durante ese tiempo, se sucedieron tres etapas decisivas.



La primera (22-29 de abril) estuvo marcada por una ofensiva oficial y una rápida retirada. El 22 se celebró el funeral oficial por Hu Yaobang en el Palacio del Pueblo, situado en el cuadrante oeste de Tiananmén. Alrededor de cincuenta mil estudiantes marcharon hasta allí la noche anterior. Siguiendo un antiguo ritual, tres de ellos se postraron de rodillas durante cuarenta minutos a la entrada del palacio para solicitar sin éxito una entrevista con Li Peng, el primer ministro, y explicarle sus peticiones. Al día siguiente, los manifestantes empezaron a dotar de organización a lo que, hasta entonces, había sido un movimiento espontáneo, creando el Comité Provisional del Sindicato de Estudiantes de Pekín. El 26, el *Diario del Pueblo* publicó un duro editorial en el que lo calificaba de «conspiración organizada» y de «agitadores» a los ocupantes de la plaza. El día 27, cien mil estudiantes marcharon sobre ella en protesta por el editorial y el Consejo de Estado (nombre oficial del Gobierno chino) señaló su disposición a entablar un diálogo con los estudiantes, aunque se negó a desaprobar el editorial.

La segunda etapa (5-17 de mayo) supuso una rápida escalada de la protesta. En la primera fecha se formó una Delegación para el Diálogo de los Estudiantes de Pekín y, con ese respiro, buena parte de los estudiantes comenzaron a abandonar la plaza. Sin embargo, el diálogo con las autoridades se empantanó y el 13 de mayo unos trescientos estudiantes iniciaron una huelga de hambre para exigir resultados. En los días siguientes, el número de participantes en la huelga ascendió a tres mil y los ocupantes de la plaza volvieron a crecer vertiginosamente. El 15 de mayo se iniciaba un importante viaje oficial a China de Mijaíl Gorbachov, a la sazón secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. El viaje tenía por objeto imprimir un giro radical a las malas relaciones entre China y la Unión Soviética desde finales de los años cincuenta y los dirigentes chinos hubieran querido darle el máximo relieve. La cobertura del viaje, sin embargo, pasó a un segundo plano cuando cientos de periodistas internacionales se convirtieron en testigos de la ocupación y le concedieron un tratamiento destacado para la audiencia mundial. Ante la ocupación de Tiananmén, que había congregado para entonces a más de un millón de personas, la presencia del dignatario soviético se

convirtió en una gacetilla. De hecho, la ceremonia oficial de llegada tuvo que celebrarse en el aeropuerto de Pekín, porque resultaba grotesco hacerla en el Palacio del Pueblo, con la plaza ocupada, y algo similar sucedió con la conferencia de prensa final de Gorbachov: gran cantidad de periodistas ni siquiera se presentaron.

Cuando el mandatario ruso abandonó el país, comenzó el desenlace. El 19 de mayo, el primer ministro Li Peng proclamó la ley marcial y las tropas empezaron a entrar en Pekín. Su progreso no fue tan rápido como los dirigentes hubieran deseado debido a la resistencia –fundamentalmente pasiva, pero muy eficaz– de una población local que bloqueaba sus movimientos. Al tiempo, la ocupación de Tiananmén no cedía y muchos estudiantes de fuera de Pekín comenzaron a llegar para sumarse al movimiento. Finalmente se tomó la decisión: las autoridades dieron orden de dispersar, con el uso de armas de fuego, a los ocupantes desarmados que quedaban aún en la noche del 3 al 4 de junio. Aunque no se conocerá con exactitud hasta el día en que se abran los archivos del Partido Comunista, se especula con que el número de muertos ascendió a varios centenares. Finalmente, el 4 de junio las tropas del Gobierno desalojaron por completo la plaza, permitiendo la salida de los cuatro mil estudiantes que aún permanecían allí. La represión posterior fue brutal.

Con la masacre, el régimen comunista chino liquidó el mayor desafío independiente y popular planteado a su hegemonía desde 1949.

Pacto, ¿qué pacto?

En China y fuera de ella, Deng Xiaoping ha sido celebrado por una amplia corte de hagiógrafos como el verdadero fundador de la nueva China. Donde el Gran Timonel era un iluminado, un megalómano y un ególatra, Deng aparece como un personaje pragmático, modesto y realista. ¿Bastan, sin embargo, esos rasgos de carácter para establecer una diferencia radical entre ambos? No es algo fácil de probar. Uno y otro compartieron un mismo objetivo fundamental en su largo ejercicio del poder: el control total e indiscutido del Partido Comunista sobre la sociedad china. A lo largo de su biografía, Deng jamás perdió de vista ese empeño de viejo creyente comunista. Su actitud ante Tiananmén lo subraya de forma decisiva, si es que fuera menester olvidar las numerosas veces, ya mencionadas, en que había reaccionado anteriormente de igual manera.

Desde los primeros momentos de las protestas universitarias, Deng defendió la necesidad de atajarlas radicalmente sin reparar en medios. Fue él quien inspiró la idea de una salva de advertencia con el editorial del *Diario del Pueblo* del 26 de abril, que recogía cuidadosamente sus ideas y que fue revisado por el propio Deng. La línea de razonamiento era meridiana: los estudiantes se proponían derrocar el liderazgo del Partido, invocando la bandera de la democracia para minar la democracia china, lo que acabaría por provocar el caos. Y en esa actitud se mantuvo Deng sin titubeos durante toda la crisis, pese a que la negativa de las autoridades a desautorizar el editorial enconó sobremanera el ánimo de los estudiantes.

Cuando las diferencias sobre la conveniencia de ceder parcialmente a sus quejas se hicieron patentes en el seno de la clase dirigente, Deng puso todo el peso de su autoridad al lado de Li Peng y los incondicionales del orden. A cada paso, Deng se unió a los críticos de Zhao Ziyang, que había tomado del difunto Hu Yaobang el relevo del diálogo y la necesidad de liberalizar la vida política. El completo

fracaso popular de la visita de Gorbachov consiguió que rebosara el vaso. No bastaría ya con advertencias a los estudiantes sobre las consecuencias de su acción; se imponía un escarmiento, y la declaración de la ley marcial –pensaba Deng– les haría finalmente entrar en razón. De hecho, el dictador ya se había curado en salud. El 25 de abril, el mismo día en que decidió publicarse el editorial que desencadenó el enfrentamiento, Deng había puesto al ejército en estado de alerta. El 17 de mayo, reunió al Comité Permanente del Politburó para decidir qué nuevos pasos dar: «Deng creía necesaria una decisión inflexible. En ese momento –señaló–, la policía de Pekín no bastaba para restaurar el orden: hacían falta tropas. Las tropas tenían que intervenir de forma rápida y decisiva, aunque, por el momento, sus planes de despliegue debían permanecer en secreto. Cuando algunos de los presentes expresaron su preocupación de que en el exterior se reaccionase negativamente al uso de la fuerza, Deng replicó que debía ser una intervención relámpago y que “los occidentales acabarán por olvidarla”»²⁵. Cuando Zhao levantó la única voz de oposición, se le recordó que estaba en minoría y tenía que acatar la decisión mayoritaria. Esa misma tarde, en otra reunión del Comité Permanente en la que Deng ya no estaba presente, Zhao se negó a anunciar la ley marcial. Con ello terminó su carrera política. El 28 de mayo, Zhao fue puesto en arresto domiciliario y así permaneció hasta su muerte en 2005.

La entrada de las tropas en Pekín, como se ha dicho, no fue tarea fácil, pues la oposición popular a la ley marcial estaba muy extendida. De hecho, la población de la capital impidió el despliegue inicial de los cincuenta mil efectivos de las tropas de ocupación. En su diario, Li Peng anotaba que la resistencia las mantuvo inmovilizadas durante cincuenta horas²⁶. El 22 de mayo se ordenó su retirada de la ciudad y quedaron estacionadas en los alrededores. Sobre los dirigentes planeaba la duda de si los soldados, en su mayoría reclutas provenientes del campo, se mantendrían fieles a sus órdenes cuando hubiera que cumplirlas.

La entrada de las tropas en Pekín no fue tarea fácil, pues la oposición popular a la ley marcial estaba muy extendida

Entretanto, Deng comenzó a moverse con la habilidad y la decisión que le caracterizaban. Antes de anunciar la remoción de Zhao, había hecho saber que la política de apertura a los mercados y la acogida favorable a las inversiones extranjeras continuarían. El 19 de mayo se decidió a favor de Jiang Zemin como nuevo secretario general del Partido Comunista e introdujo nuevas caras en el Comité Permanente del Politburó. Luego se dispuso a garantizar el éxito de la operación militar. El total de tropas estacionadas en torno a Pekín ascendió a ciento cincuenta mil. Provenían de cinco de las siete regiones militares cuyos comandantes habían manifestado su aprobación de la intervención. Una vez todo en su sitio, a Deng no le tembló la mano para enviar las tropas a reducir a sangre y fuego a los estudiantes desarmados que quedaban en Tiananmén. La masacre era fue, toda ella, obra y responsabilidad suya.

Conviene recordar aquí algo ya dicho: Deng había tratado de evitar las persecuciones brutales y arbitrarias que habían sido la norma con Mao y en las que, de una u otra forma, todos los dirigentes comunistas se hallaban implicados. Prefería imponer su voluntad a través de mecanismos más sofisticados. Los desacuerdos con los intelectuales o con otros dirigentes pudieron saldarse con castigos relativamente ligeros, como la pérdida de puestos relevantes, el exilio exterior o la expulsión

del Partido. Como en la Unión Soviética posestalinista, con Deng los oponentes en el seno del Partido no tenían que temer por sus vidas o quedarse sin hacienda. Sin embargo, Tiananmén marcó claramente el límite de esa generosidad: la indiscutible hegemonía del Partido Comunista Chino. Cuando se traspasó esa linde, subió su apuesta sin reparos, por más que hubiese de calumniar a los opositores o de autorizar al ejército a disparar contra jóvenes indefensos. La bien conocida foto del resistente desconocido enfrentándose a un tanque lo resume todo.

El movimiento estudiantil, sin duda, adolecía de grandes limitaciones. Durante demasiado tiempo careció de organización y de metas específicas. Desconocía los pasos intermedios en el camino hacia las ansiadas libertades; mantenía un excesivo optimismo sobre la capacidad de resistencia de los dirigentes y sobre sus diferencias ante el diálogo; la huelga de hambre fue un paso épico, pero cortaba toda posibilidad de retirada; los sectores más radicales identificaban sus deseos con las exigencias más limitadas que compartía la mayoría de la población. Eran todas ellas carencias lógicas en un movimiento espontáneo y desorganizado, es decir, todo lo contrario de la conspiración bien tramada de las «manos negras» y los intereses espurios que denunciaba la prensa del Partido. De haber existido, difícilmente se hubiera desbaratado el movimiento con tanta facilidad. Por su parte, más allá de las calumnias, el Partido fue incapaz de ofrecer la menor prueba de esa conjura. Su mayor interés radicaba en el escarmiento ejemplar o, como dice el proverbio local, en «matar a un pollo [cientos en este caso] para asustar a los monos».

Se ha insistido en numerosas ocasiones en que, por uno de esos vericuetos ladinos en los que se complace algo llamado Historia –con mayúscula–, Tiananmén significó el comienzo de una nueva etapa para la sociedad china. Una especie de tiempo nuevo en el que se produjo un pacto entre el Partido y la mayoría de los chinos. La hegemonía indiscutible a la que aspiraba el Partido Comunista Chino podía seguir manteniéndose, pero nunca más sobre la base exclusiva de la ideología y la palabra de los dirigentes. A partir de ahora, su legitimidad dependería de sus rendimientos, es decir, de su capacidad de mejorar rápidamente el nivel de la vida de la sociedad. Suele ser presentado como un pacto tácito en el que, aun asimétricas, las partes daban por supuestos derechos y obligaciones mutuas. En su trabajo sobre el movimiento de Tiananmén, Zhao Dinxin insistía, a mi entender de forma anacrónica, en que el paso se había dado con la cautelosa desmaoización que, entre 1978 y 1989, caracterizó la etapa inicial de Deng. Por el contrario, fue precisamente después de la matanza cuando el Partido cayó finalmente en la cuenta de lo que se le exigiría: reemplazar la antigua legitimidad ideológica por otra nueva basada en la superioridad moral que otorga la eficiencia económica.

Un pacto sellado con la sangre de una sola de las partes no es un verdadero pacto; si acaso, un compás de espera. Como la de Vito Corleone a aquel renuente director de Hollywood, los dirigentes comunistas habían impuesto a sus súbditos una oferta que no podían rehusar. Ahora iba a depender de esos mismos dirigentes el cumplimiento de las expectativas tan bárbaramente creadas.

¹. Entre la literatura sobre esta época resultan interesantes los trabajos de carácter general de Harry Harding, *China's Second Revolution. Reform after Mao*, Washington, The Brookings Institution, 1987, y David S. G. Goodman y Gerald Segal,

China in the Nineties. Crisis Management and Beyond, Londres y Cambridge, Oxford University Press, 1991.

². Véase Xiaokai Yang, Wang Jiangou e Ian Wills, «Economic growth, commercialization, and institutional changes in rural China», 1979-1987, en *China Economic Review*, vol. 3, núm. 1 (primavera de 1992), pp. 1-37.

³. Véase Donald Hay et al., *Economic Reform and State-Owned Enterprises in China (1979-1987)*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 6.

⁴. Véase Hay et al., *op. cit.*, p. 8.

⁵. Además del libro citado de Hay et al., en el suyo sobre la economía china Barry Naughton juzga también favorablemente el proceso y con argumentos similares: *The Chinese Economy. Transitions and Growth*, Cambridge y Londres, The MIT Press, 2007, pp. 88 y ss..

⁶. Los datos que siguen están tomados de Ezra Vogel, *Deng Xiaoping and the Transformation of China*, Londres y Cambridge, Harvard University Press, 2011, loc. 9050 ss.

⁷. En 1978, Hua había presentado una lista de ciento veinte megaproyectos con un coste total de 12,4 millardos de dólares. Su plan exigía crecimientos anuales superiores al 10% durante los diez años siguientes. Sólo el coste previsto para ese año excedía con mucho el total de las exportaciones chinas.

⁸. Recogido en Vogel, *op. cit.*, loc. 8730.

⁹. Véase Hay et al., *op. cit.*, pp. 120 y ss.

¹⁰. Véase Hay et al., *op. cit.*, pp. 143 y ss.

¹¹. Véanse, entre otros, Eugenio Bregolat, *En torno al renacimiento de China*, Lérida, Universitat de Lleida, 2014, y Barry Naughton, *op. cit.*

¹². Zhao Dinxin, *The Power of Tiananmen. State-Society Relations and the 1989 Beijing Student Movement*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 2001.

¹³. La Constitución maoísta de 1975 reconocía el derecho a las llamadas Cuatro Grandes Libertades (libertad de expresión, de crítica, de debates y de publicar *dazibaos*). Sin duda, esos derechos habían sido letra muerta salvo cuando servían para justificar las exacciones de los guardias rojos. Sin embargo, en previsión de lo que pudiera pasar, Deng se apresuró a cambiarla a raíz del Muro de la Democracia. En 1981, la Asamblea Popular Consultiva, que pasa por ser el órgano legislativo de la República Popular, abolió esos derechos además del de huelga.

¹⁴. La preocupación por la corrupción afectaba a numerosos sectores sociales, que echaban de menos su pretendida inexistencia bajo Mao. Durante el Movimiento de 1989, el retrato de Mao apareció en numerosas manifestaciones para reclamar una Administración menos deshonestas.

¹⁵. El cambio se produjo en menos de un año. En junio de 1981, el Sexto Pleno del Undécimo Comité Central aprobó una resolución sobre «Algunas Cuestiones en la Historia de nuestro Partido desde la Fundación de la República Popular China» en la se incluía una crítica de Mao. En diciembre, el Congreso Popular Nacional adoptó una nueva Constitución de la que desaparecían las Cuatro Grandes Libertades de la Constitución de 1975 (véase nota 13).

¹⁶. Vogel, *op. cit.*, capítulo 19.

17. Véase Leszek Kołakowski, *Main Currents of Marxism*, Nueva York, Norton, 2005, capítulos V y VI.
18. Vogel, *op. cit.*, loc. 11626.
19. Vogel, *op. cit.*, loc. 11770.
20. Las primeras manifestaciones se produjeron a finales de 1986 en Hefei (donde Fang ocupaba su cátedra) y en Shanghái después de la represión de un grupo de estudiantes que habían bailado en el escenario de un concierto de rock. Siguieron otras en Pekín durante la primavera de 1988.
21. Este credo que Deng se había encargado de concretar en 1979 prohibía a los comunistas chinos criticar: 1) el principio de la vía socialista; 2) la dictadura democrática popular; 3) el liderazgo del Partido Comunista; y 4) el marxismo-leninismo y el pensamiento de Mao Zedong.
22. Li Peng pertenecía a la llamada tercera generación de cuadros del Partido Comunista. Había nacido en 1928 y, por su edad, no participó activamente en ninguno de los grandes hitos que marcaron el nacimiento de la República Popular (Larga Marcha, Guerra Civil). Li, huérfano de un destacado militante comunista, fue apoyado desde su adolescencia por Zhou Enlai. En 1948 comenzó sus estudios en el Instituto de Ingeniería de Moscú, donde se graduó en 1954. La primera parte de su vida profesional la pasó en puestos técnicos, lo que le libró de los vaivenes de la Revolución Cultural. Durante los años ochenta, Li se alineó con la línea económica más conservadora de Chen Yun y posteriormente se opuso a la liberalización defendida por Hu Yaobang, primero, y Zhao Ziyang, después. En 1987 sustituyó a Zhang como primer ministro.
23. Para los datos que siguen, véase Zhao, *op. cit.*, capítulo 3.
24. Según Zhao, antes de 1985, veinte yuanes mensuales permitían vivir aceptablemente en una ciudad como Pekín; tres años después, hacían falta cien. Ni las becas más altas llegaban a ese importe.
25. Vogel, *op. cit.*, loc. 12529.
26. Vogel, *op. cit.*, loc. 12616.